

# EL CORREO DEL NORTE

Diario Regional Tradicionalista

No se devuelven los originales

FRANQUEO CONCERTADO

## SUSCRIPCIÓN

España: Trimestre, 4 pesetas.—Semestre, 8.—Año, 16.—Extranjero, 34.  
NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS

TELEFONO, 274

Redacción y Administración  
Oquendo, 9, bajo.

APARTADO, 54

## INSECCIÓN

En 1.ª plana, 1,25 pesetas linea.—En 2.ª 3.ª y 4.ª, precios convencionales.  
Esquelas de defunción desde 10 pesetas en adelante.

## GRAN CASINO

Domingo 15  
BENEFICIO

## Del Ropero de Santa Victoria

Cuatro números variados

\*\*\*

"LA ARGENTINITA,"

(Bailes españoles)

Butaca numerada una peseta

Véanse programas

## CRONICA SOCIAL

## Las palabras y los hechos

Hace unas semanas paseaba yo por la Moncloa en compañía de un piafísimo religioso. Hablamos: «¿Cómo no? de nuestras obras de acción social, y el rodar de la conversación nos llevó el tema siempre inciso de la confesionalidad.

No sospechaba él que había de encaramarme yo a lo alto de las columnas de los periódicos para decir en pregón lo que él mismo decía quedamente como en el desahogo de una confidencia. Pero aunque la corrección me veda autorizar estas revelaciones con el prestigio del nombre de quien las hizo, mi deber de hacer luz sobre este problema de táctica social, hacer de tal vez nací la derramada tanta tinta, me invita a sacarla de lo inédito y a ponerla en circulación.

El religioso me habló así:

«Nuestras obras, sobre todo las agrarias, son excepcionalmente mercantilistas. Son reflejo de la ley de Sindicatos que las ha impulsado. Más que una ley excitante de la vida sindical de los agricultores, es una ley excitante de su vida cooperativa. De los diez números en que se hallan distribuidos los fines de los Sindicatos, siete y medio están dedicados a la cooperación, media a la neutralidad, a la beneficencia y al seguro y solo los dos últimos yendo a poco precisamente a los fines verdaderamente sindicales. Nuestros sindicatos se entretienen por los primeros números y no llegan a los últimos donde está la esencia de la ley. Procuren por eso la cooperación pero no el auténtico sindicalismo y no circulando aun en el seno de nuestras Asociaciones la savia moral de la fraternidad y de mutuo auxilio, que es el verdadero jugo de la cooperación porque todavía no se ha llegado al nivel de cultura necesario, dan todavía una fuerte impresión de mercantilismo. V. sabe que una cooperativa sin esa savia moral se diferencia muy poco de una sociedad anónima mercantil.

Y nuestras Asociaciones agrarias, si han de dar los frutos que de ellas se esperan, han de ser algo más que empresas fiasciasas de ventajas económicas.

«Ese es un aspecto un poco olvidado por nuestros propagandistas y un motivo más para acentuar la confesionalidad de los sindicatos. Solo una ola de espiritualismo puede enderezar esa desviación que hoy sufren y difundir entre las masas campesinas el principio de fraternidad cristiana y todo el rico contenido moral de ese principio.

—Y sin embargo—lo advertí—los Reglamentos de nuestra Asociación agraria son estupendamente confesionales. No creo que se pueda ir más allá.

—Sí, sí—me interrumpió—ya los conozco; pero a los Sindicatos les ha pasado, en general y hasta ahora, al menos, lo que les pasa a los valentones: todo el valor se les va por la boca; toda su religiosidad se les ha escapado por el boquete de su reglamento. Mirados a través del Reglamento muchos parecen cofradías; mirados en su vida, no se diferencian gran cosa de las empresas industriales a caza de dividendos. Sería mejor que lo dijeran más y lo hicieran más.

Callo un momento fijando en mí una mirada discretamente escrutadora como para leer la impresión que sus palabras dejaban en mi espíritu, y añadió:

—«No la extraña a V. una cosa? La confesionalidad exhibida en los Reglamentos suele estar en razón inversa del espíritu católico de nuestra Asociación. En los Reglamentos de nuestros Sindicatos obreros apenas hay confesionalidad y, sin embargo, su intervención en la vida económica, aunque modesta, es una predicación de los principios sociales del catolicismo. Los defienden en sus mitines, en sus periódicos, en las conferencias que se organizan en sus Círculos de estudios y sobre todo en su actuación, en sus hechos, en su vida. En los Reglamentos de nuestros Sindicatos agrícolas hay confesionalidad como para fabricar ajetas y donde y cómo se practica esa religiosidad? ¿Cuáles son sus manifestaciones? ¿en cuáles de sus actos se ve la impresión reconfortante de la acción del catolicismo?

«Hacer, hacer, no decir, que hacer sin decir no es necesariamente miedo, puede ser prudencia; pero decir sin hacer, es hipocresía y impotencia y casi siempre imprudencia.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos en la cobardía flagelada por Pío XII. Piensa que debemos arribar la banda...

—«Eso—me atajó—la mayor parte de las veces, no es más que una frase que se repite. No me puede hacer V. el agravio de pensar que yo quiero eso, pero conviene decir que muchas veces se le da una interpretación poco prudente.

—Y ¿qué quiere V. decir con eso?—le replicó.

—Prende que se borre de nuestros Reglamentos toda huella de confesionalidad y que caigamos